

El diccionario de Covarrubias, el primero de la lengua castellana

La aparición de una nueva edición del *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias preparada por Ignacio Arellano y Rafael Zafra¹ representa, sin duda, un hito en la historia de la lexicografía castellana, pudiendo ser considerada esta edición como un auténtico 'tesoro' que nos ha regalado el año 2006.

Empecemos por la importancia del libro en sí. A lo largo de nuestro Siglo de Oro la lengua castellana o española adquiere carta de ciudadanía plena como medio de transmisión a la vez científica y literaria; hija del latín, poco a poco adquiere su autonomía y mayoría de edad mirándose siempre a su madre, la lengua del Lacio. Este proceso no estuvo exento de polémicas. Baste recordar el prólogo que Fray Luís de León escribió a *De los nombres de Cristo*, obra publicada en 1583. En aquel entonces todavía había intelectuales, colegas del fraile agustino, gran conocer de las lenguas clásicas, que se extrañaban de que Fray Luís utilizase la lengua castellana o española en aquella

(1) Sebastián de COVARRUBIAS HOROZCO, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Universidad de Navarra, Iberoamericana, Vervuert, Real Academia Española, Centro para la Edición de Clásicos Españoles, 2006.

obra y justifican su negativa a leerla porque no estaba escrita en latín. Como puede apreciarse, no son muchos los años que median entre este testimonio que ofrece nuestro gran poeta y la aparición del 'tesoro' de Covarrubias. Todo un cambio axiológico de valoración. La legua castellana o española es ya un 'tesoro' que hay que mimar y conservar en las arcas de los diccionarios. Como recuerda Dominique Reyre en el «prólogo segundo» de la obra que reseñamos, «un diccionario antiguo es un museo de palabras». Un acierto metafórico que evoca el valor de una de las actividades más singulares de la actividad humana: la palabra. Pero las palabras son como organismos vivos: nacen, se desarrollan y mueren o se transforman en un nuevo concepto. De ahí la importancia de un diccionario histórico, empresa en la que se encuentra involucrada la Real Academia de la Lengua Española, un proyecto que habrá de tardar aún muchos años en ser una realidad debido a las muchas fuentes que hay que consultar para avalar la evolución semántica que fueron experimentando los distintos lexemas que configuran nuestra lengua. Entretanto el lector tiene que acudir a glosarios y vocabularios referidos a segmentos cronológicos concretos o a obras individuales. De ahí la importancia del 'Tesoro' como auxiliar de lectura de nuestros clásicos del Siglo de Oro.

El 'Tesoro' de Covarrubias tiene unos precedentes en la inquietud lingüística que tuvieron otros humanistas como lo recuerda Dominique Reyre: Alfonso de Palencia (*Universal vocabulario en latín y en romance*, Sevilla, 1492); Antonio de Lebrija (*Vocabulario latino-español y Vocabulario hispano-latino*, Salamanca, 1492 y 1495); *Declaración de algunos vocablos*, 1543; Francisco Sánchez de las Brozas (*Etimologías españolas*, 1580); Bartolomé Valverde (*Tractado de etimologías*, 1600); Francisco del Rosal (*Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana*, Roma 1606).

El objetivo de esta edición es, como señala Arellano, «ofrecer una versión íntegra de todos los materiales conocidos que

preparó Covarrubias»; esto quiere decir que por primera vez el lector tiene delante la «editio princeps» de 1611 y el Suplemento que el canónigo de Cuenca tenía preparado para una ampliación de la obra. Si a estos materiales se unen adiciones de que Benito Remigio Noydens realiza en 1674, la presente edición se convierte en una fuente de primer orden para el conocimiento de la lexicografía en el siglo XVII.

Particular interés tienen los dos prólogos que preceden a la obra. Del prólogo de Dominique Reyre destacaría la breve semblanza biográfica del autor, un referente siempre útil cuando se trata de personajes de épocas pasadas, y, sobre todo, los epígrafes en los que la profesora de Toulouse nos descubre las llaves para penetrar y comprender el porqué de la etimologías a veces erróneas que ofrece el autor; el porqué de una exégesis contaminada constantemente de los estudios bíblicos; el porqué de la significación teológica de muchos términos de manera particular relacionados con el mudo judío; el porqué de la propensión del autor por recoger palabras 'raras' o desusadas; o, finalmente, el porqué del espíritu enciclopédico que como buen humanistaazona la extensión conceptual de muchos términos. Son, a nuestro juicio, claves para adentrarse en la lectura de la obra.

Igualmente sustantivo es el prólogo de Ignacio Arellano en el que se ha de destacar la historia editorial de las ediciones del 'Tesoro'. El Profesor de la Universidad de Navarra explica el devenir editorial de la obra de Covarrubias poniendo de relieve sus características descriptivas con sus bondades y también con sus limitaciones, desde la «editio princeps» de 1611, la de Benito Remijo Noydens (1674) hasta la de Felipe C. R. Maldonado (1994) pasando por la de Martín de Riquer (1943), muy breves páginas que sintetizan de alguna manera las vicisitudes que lleva consigo editar el 'Tesoro'. La pericia del Prof. Arellano en crítica textual queda manifiesta en los criterios de edición, una orientación que cada vez encuentra un mayor eco en la publicación de textos de nuestro Siglo de Oro, porque con

ellos se contribuye a una mejor comprensión de los clásicos de nuestra literatura sin adular para nada el texto primigenio en ninguno de los códigos lingüísticos que pueden interesar al historiador de la lengua. La frescura con que el lector moderno puede acercarse al texto de Covarrubias se debe en buena medida a estos criterios de crítica textual que orientan la edición con «la modernización de las grafías sin relevancia fonética»; un criterio que viene presidiendo, creemos con acierto, las publicaciones del grupo GRISO de la Universidad de Navarra.

La bondad de esta edición queda rematada con dos aspectos más: las ilustraciones y la digitalización del texto. «Predicar a los ojos» fue una de las consignas de la pedagogía del Barroco. Covarrubias fue también un autor de emblemas; por ello haber salpicado el texto con centenares de ilustraciones de la época es otro gran acierto; la lectura del texto resulta más ágil a la vez que entretenida. Haber digitalizado el texto ofrecerá mil y una posibilidades de tratamiento desde distintas perspectivas para los asiduos al mundo de la informática. En definitiva, una verdadera joya para los especialistas de la lengua y también para el curioso lector de a pie.

CARLA MENÉNDEZ FERNÁNDEZ
Universidad Pontificia de Salamanca